

TURBULENCIA EN EL CONGO

El 13 del pasado mes de febrero, el ministro del Interior de Katanga, Godefroid Munongo, declaraba a la Prensa que Patrice Lumumba, Okito y M'Polo habían sido muertos violentamente por los habitantes de una pequeña aldea cuando trataban de atravesarla en su huida hacia la región oriental. El día 20, el Secretario general de la O. N. U., Dag Hammarskjold, informaba al Consejo de Seguridad que seis prominentes lumumbistas, que habían sido deportados a la provincia de Kasai desde Leopoldville, habían sido ejecutados. El 23 se hacía pública la noticia de la muerte de quince partidarios de Kasavubu, detenidos en Stanleyville, como represalia por la muerte de Lumumba. Estos casos que citamos son los que se refieren a personalidades políticas destacadas, porque, simultáneamente, ambos bandos han cometido incontables asesinatos de gentes anónimas.

Un representante de las Naciones Unidas declaraba el 17 de febrero que el número de víctimas registradas en los últimos días, como consecuencia de los ataques de los seguidores de Lumumba a europeos y congolese, se elevaba a veinte. Todos murieron acuchillados o con el cráneo destrozado. Un sacerdote—el padre Devos—murió descuartizado por 50 jóvenes lumumbistas que habían saqueado e incendiado la misión católica de Bukavu, capital de la provincia de Kivu. Otros dos sacerdotes pudieron ser rescatados por los soldados cuando iban a ser linchados. El 27 de febrero, soldados congolese violaron en Leopoldville a una joven secretaria de la O. N. U. y detuvieron y apalearon a soldados canadienses y tunecinos de la Organización. El 1 de marzo, siete soldados tunecinos fueron apaleados tras haber sido detenidos por paracaidistas congolese. Cerca de Leopoldville, cuatro policías nigerianos fueron golpeados. En Gemena (provincia del Ecuador), un oficial y dos soldados malayos fueron maltratados. A continuación, durante varios días, han sido atacados soldados sudaneses que tuvieron que hacer uso de sus armas para salvar la vida.

Estos antecedentes demuestran que todo el Congo se halla bajo el imperio de la violencia, desatada desde el mismo momento en que le fué concedida la independencia. A lo largo de ocho meses, un pavoroso baño de sangre ha empapado el país. Es una violencia inextinguible que se dirige ciegamente contra todos congolese, blancos, negros de otros países, asiáticos. Las masas congolese han perdido el respeto al derecho. Lumumba desató ese clima de violencia en los primeros momentos con sus discursos incendiarios. Sus consecuencias fueron los vergonzosos sucesos de julio de 1960, expuestos por M. P. Wigny ante el Consejo de Seguridad en su 887 sesión¹, en los que naufragó la posibilidad de un desarrollo ordenado de la vida nacional. Consciente de la grave amenaza que esto representaba, en los últimos momentos de su permanencia en el Poder, Lumumba intentó contener la agitación antiblanca. El 29 de agosto, en su discurso en el estadio de Stanleyville, proclamó su consigna de fraternizar con los blancos: «No odiar a los europeos. Odiar únicamente el régimen de explotación.» Y entonces se pudo comprobar que las masas obedecían dócilmente sus indicaciones. Esto significa que las reacciones que se habían producido habían sido originadas por la predicación de la violencia que su Gobierno había cultivado.

No obstante, Lumumba substituyó entonces la violencia antiblanca por la persecución a sus adversarios congoleños. Su expedición militar a Kasai es un ejemplo de vandalismo insuperable, que puede compararse a las más sangrientas invasiones que registra la Historia. Antes de retirarse de Bakwanga, el 31 de agosto, las tropas de Lumumba cometieron innumerables asesinatos. Entre otros, dieron muerte a David Odia, ministro de Obras Públicas del Estado minero, que gozaba de gran prestigio en el país, creándose un funesto precedente. Otros hechos similares y las amenazas de muerte dirigidas contra sus rivales, Tshombe en primer lugar, caldearon los ánimos hasta el paroxismo. No puede disculparse ningún asesinato, pero el clima de violencia que instauró Lumumba en su fugaz paso por el Poder creó las condiciones necesarias para que fuera una de sus víctimas.

Es natural concluir que si la violencia ha arraigado de tal modo en el país, pocas probabilidades tenía de alcanzar éxito la misión pacificadora de la O. N. U. Los miembros de las Naciones Unidas han sido, con frecuencia, víctimas de la grave situación. Se han desdénado los consejos, instrucciones y órdenes de la Organización mundial. Por esto, el violento ataque de los países comunistas y afroasiáticos neutralistas contra Hammarskjöld,

¹ Cfr. *Document ONU, Conseil de Sécurité, S/PU 877, 20 julio 1960.*

acusándole de haber facilitado la ejecución de Lumumba, es totalmente injustificado. El Secretario general de las Naciones Unidas ha demostrado una constante preocupación por evitar que el político congolés fuera inmolado. Todos los antecedentes así lo demuestran, y a la vista de ellos cualquiera puede interpretar la significación de su conducta. El 6 de diciembre, Hammarskjold escribió al Presidente Kasavubu, advirtiéndole que todo acto ilegal contra Lumumba comprometería gravemente la situación. El 19 de enero dirigía un nuevo mensaje al Presidente congolés, pidiéndole que Lumumba fuese trasladado a Leopoldville para que pudiese comparecer ante los tribunales de Justicia, y al día siguiente solicitaba de Tehombe que el detenido fuese reintegrado a Leopoldville. La conducta de Hammarskjold ha sido clara. Si sus gestiones reiteradas no obtuvieron éxito, ha sido debido al escaso prestigio de que goza la O. N. U. en el Congo. Claramente exponía el Secretario general ante el Consejo de Seguridad, el 20 de febrero, que la O. N. U. está reducida allí a la impotencia, como lo ha estado en otros lugares del mundo. Es incapacidad de la Organización que no cabe, en modo alguno, confundir con negligencia de su Secretario. Si la tragedia del Congo ha mitigado sus perfiles dantescos iniciales, se debe, en gran parte, a la actividad, celo y habilidad de Hammarskjold, que no ha regateado esfuerzos para apaciguar los ánimos. La hostilidad soviética contra el Secretario de la O. N. U. carece de razón en este asunto. Por considerar que su destitución, como solicitaba la U. R. S. S. el 16 de febrero, constituía una exigencia arbitraria, algunos países africanos se opusieron a ella. Así sucedió con la República Malgache (Malagasy), Congo (ex francés), Liberia, Togo y Sudán. Esta acción contribuyó, indudablemente, a que en la moción afroasiática, aprobada por el Consejo de Seguridad, no figurase la destitución del Secretario entre los acuerdos adoptados.

Ahora bien, la resolución afroasiática aprobada estipula, en su párrafo primero, que «las Naciones Unidas tomen todas las medidas necesarias para impedir que se produzca una guerra civil en el Congo, incluyendo los preparativos para un «alto el fuego», la suspensión de todas las operaciones militares y la imposibilidad de que se produzcan luchas».

Se persigue así un fin noble, como es el de impedir que continúe la efusión de sangre. No obstante, dudamos de la eficacia práctica de estas medidas. Es difícil «evitar que se produzca una guerra civil en el Congo», puesto que esta guerra civil se ha iniciado allí hace varios meses. Podrán adoptarse medidas para que termine o, al menos, no se incremente. Pero hay que tener en cuenta que la inmensidad del territorio dificulta la vigi-

lancia, tanto más cuanto que el país tiene difíciles comunicaciones y en gran parte depende de las aéreas, lo que complica mucho la tarea. Tendrían que destacarse, si se aspira a resultados satisfactorios, nutridos contingentes militares que no es fácil reclutar. Aun consiguiéndolo, esos contingentes se verían sometidos a frecuentes ataques, porque la xenofobia está muy extendida, y si—como ya se ha dispuesto—han de replicar con las armas, surge la amenaza de que la presente guerra civil se transforme en una guerra de los congolesees contra las Naciones Unidas. Creemos que la solución de los problemas vigentes sólo puede lograrse fomentando el acuerdo y la inteligencia entre los jefes congolesees, aplicando una política de prudencia y flexibilidad que permita llegar a acuerdos sustanciales entre los dirigentes del país.

El problema militar que tiene planteado el Congo reviste una gravedad que no puede desconocerse. El Ejército o, dicho con mayor exactitud, los Ejércitos congolesees, han sido los principales promotores de cuantos disturbios ha sufrido el país desde el día de la proclamación de su independencia. Las causas más fútiles provocaron en esta fuerza militar, carente de jefes experimentados, determinaciones de gran alcance. En el motín de 5 de julio de 1960 en Leopoldville intervinieron señaladamente soldados bangalas, descontentos por creer que los ascensos concedidos solamente habían beneficiado a los militares de etnias favorables a Lumumba. Los atropellos contra los habitantes blancos, civiles y militares, fueron cometidos especialmente por estas tropas indisciplinadas. El grave riesgo de que aumenten las proporciones de la guerra civil radica, precisamente, en la presencia de Ejércitos congolesees antagónicos.

El 17 de febrero, Nkrumah informaba a Hammarskjold que para lograr la paz en el Congo se debía resolver primero el problema militar. «Estoy seguro—decía—de que desde ahora en adelante la iniciativa debe de partir de los países africanos, con el apoyo militar del bloque asiático. Toda la iniciativa o ayuda de las grandes potencias debe cesar.» Su plan incluye un nuevo Mando de las Naciones Unidas, compuesto de africanos. Las actuales fuerzas armadas del Congo deben rendir voluntariamente sus armas y ser organizadas en un nuevo Ejército nacional. «Si algunas facciones no quisieran colaborar, debería utilizarse la fuerza.» Una vez más sale aquí a relucir el tema de la fuerza, tan caro al espíritu africano. No obstante, a la vista de los hechos, el punto de vista primordial del Presidente de Ghana es acertado. La reorganización del Ejército, transformándolo en una fuerza militar disciplinada y eficiente, es tarea insoslayable y urgente. También

lo es evitar que las grandes potencias empleen el territorio congolés como terreno de disputa. Pero no creemos que sólo los países africanos, con el apoyo militar asiático—aun colocados bajo el Mando de la O. N. U.—puedan y deban resolver el problema. El color no es argumento suficiente que justifique una tesis exclusivista. Ya se ha visto, a lo largo de esta prolongada crisis, que la hostilidad congoleña no se dirige sólo contra los blancos. Contingentes ghaneanos, nigerianos, malayos y sudaneses han sido atacados reiteradamente. Al propio tiempo, algunos países africanos han demostrado meridianas hostilidades y simpatías hacia las facciones en pugna, con lo cual su exclusiva presencia podría implicar el riesgo de que no desplegasen una conducta imparcial y atizasen las pasiones. Más bien debe tenderse a que sean los propios congoleños quienes zanjen sus discrepancias sin interferencias. La creación de un auténtico Ejército congolés debe ser tarea que realicen sus propias autoridades. Pretender, como hace Nkrumah, que debe hacerse uso de la fuerza contra los discrepantes es asunto muy grave, que no puede ser aprobado con ligereza y que va en contra del espíritu de la Carta de las Naciones Unidas. Debe llegarse, ciertamente, a ese Ejército nacional que reclama el Presidente de Ghana, pero no en virtud de la fuerza, sino como consecuencia de acuerdos libremente adoptados por sus dirigentes. Las tropas de la O. N. U. pueden proteger la celebración de la Conferencia de jefes congoleños, a la que algunos no se muestran dispuestos a acudir por temor a ser detenidos por sus adversarios. Si las tropas de la O. N. U. garantizasen, de forma inequívoca, la integridad personal de los delegados convocados, prestarían un gran servicio, porque de tal Conferencia podrían salir los acuerdos básicos que superaran las actuales discrepancias. Un poco en este sentido se ha dado ya, el 28 de febrero, con la firma de un acuerdo militar entre los Gobiernos de Leopoldville, Katanga y sur de Kasai. Ileo, Tshombe y Kalondji firmaron dicho acuerdo, poniendo de manifiesto que, aun en el Congo, las diferencias de criterio pueden solventarse en el curso de negociaciones. La Conferencia que debe celebrarse próximamente en Tananarive puede significar una nueva revisión de conceptos y un progreso hacia el restablecimiento de la concordia. Pero en cuanto a la adopción de un sistema de Gobierno e instituciones ampliamente representativas, la solución definitiva no puede ser inmediata. Mientras tanto, no es prudente encerrarse en dogmatismos y sí distinguir cuidadosamente todos los indicios que puedan orientar acerca de la posibilidad de imprimir un rumbo definitivo a la trayectoria política congoleña.

Es también importante hacerse cargo de que existe otra razón poderosa

de discrepancia con el plan Nkrumah, que puede expresarse, esquemáticamente, resaltando que el aspecto militar es sólo una de las facetas del problema. Junto a él, con caracteres no menores de urgencia, se proyecta la necesidad de reconstruir los servicios vitales técnicos y administrativos. Hoy en el Congo está todo prácticamente por hacer. La desintegración y el colapso han corroído sus estructuras. El estado sanitario es deplorable en vastas regiones y el hambre produce inmensos estragos. Sólo en Kasai se venían registrando diariamente 200 defunciones por inanición. Las obras públicas y la enseñanza se hallan paralizadas. Se hace preciso reconstruir toda la infraestructura del país, esfumada tras ocho meses de caos y anarquía. Esta tarea, colosal y preñada de dificultades, sólo puede llevarla a término, como lo viene haciendo ya, la O. N. U. Debe ser la labor conjunta de la Organización, y no la de un grupo aislado de países, que carecen de medios para ello, quien restablezca las condiciones necesarias para el despliegue de la normalidad. Y es obvio que deben correlacionarse ambos cometidos en una misma estructura; en otras palabras, no es deseable una dualidad de composición en el personal que la O. N. U. designe para ambas misiones, militar y civil.

Los problemas del Congo ven aumentada su intrínseca gravedad por la circunstancia de que allí, como en otras encrucijadas del orbe, se ha planteado, junto a los aspectos específicamente internos, una fase de la pugna entre los mundos occidental y soviético. Esta pugna divide Africa e impide su unidad. Así, Ghana o Malí se orientan hacia el mundo socialista, mientras que Madagascar y el Congo ex francés hacen pública su repulsa. En el curso de los debates del Consejo de Seguridad, el delegado de Tananarive, Bagotomalala, mantuvo una postura claramente antisoviética, atacando las peticiones de la U. R. S. S., y Brazzaville criticó la acción de la Unión Soviética, R. A. U. y Malí, preguntando si lo que se trata de llevar al Congo es una descolonización o una recolonización. Esa misma preocupación anti-comunista es la que han esgrimido Ileo, Tshombe y Kalondji al firmar su acuerdo de finales de febrero. «Conscientes de la amenaza impuesta al territorio del Congo—declaró un portavoz—por la tiranía comunista, los tres Estados han acordado y firmado un común pacto militar.» El temor al comunismo ha hecho que muchos jefes congolese olviden sus diferencias. Tshombe declaró su posición antisoviética desde que constituyó el Estado de Katanga, y en el mensaje que el 30 de agosto dirigía Kalondji al general De Gaulle ya advertía que las naciones occidentales que tienen «interese

más importantes» en Africa «están siendo desbancadas por los países comunistas».

La desaparición de Lumumba ha consolidado el Gobierno que Gizenga había constituido el 15 de diciembre, proclamando a Stanleyville capital del Congo. Su primer acto fué solicitar apoyo militar de la R. A. U. para defenderse contra el previsto ataque de las fuerzas del general Mobutu. Al frente de su tropas está el general Victor Lundula, que fué el jefe militar hasta su sustitución por Mobutu. Gizenga estaba considerado como jefe interino mientras durase la prisión de Lumumba. A él se dirigió el 25 de diciembre Jrushev en un mensaje en el que reiteraba el apoyo de la URSS al jefe encarcelado. El 5 de enero, otro ministro lumumbista, el de Información, Aniceto Kashamura, tomaba el Poder en la provincia de Kivu. Esto se consideró como el preludio de una unión entre esta provincia y la oriental. El mismo día, el Presidente Tito comunicaba a Gizenga que Yugoslavia le consideraba como el representante legal del pueblo congolés. El Cairo, simultáneamente, hacía público su apoyo moral y material a Stanleyville.

La reacción internacional ante la noticia del asesinato de Lumumba provocó inmediatamente el reconocimiento del régimen de Stanleyville por parte de la U. R. S. S., R. A. U., Guinea, Ghana, Yugoslavia, Checoslovaquia, Mongolia, Rumania, Cuba, Marruecos, Iraq, Gobierno provisional argelino, Polonia, Hungría, República Popular China, Vietnam del Norte, Indonesia, etc. Antoine Gizenga cuenta así con un vasto apoyo internacional, que hace que sea preciso contar con él para toda solución que pueda proyectarse del futuro congolés.

Los países del campo socialista fueron los primeros en reconocer su Gobierno y quienes le han alentado en su resistencia frente a Leopoldville. Esto ha motivado una campaña exterior en que se le presenta como ferviente comunista. Se ha explicado que se formó en los métodos soviéticos en Praga, donde permaneció varios años como estudiante de marxismo-leninismo. No obstante, Gizenga es hombre hábil y cauteloso, muy apegado a las realidades, y aun cuando sea marxista, no parece que, dado su temperamento, se lanzase a la aventura de crear un Estado soviético en el corazón de Africa, porque allí es difícil que prospere, siquiera sea momentáneamente, una política diferente de la neutralista de izquierdas. Y ésta parece ser la orientación que puede adoptar el fundador del «Partido de Solidaridad Africana». La experiencia de Guinea ha constituido siempre el punto de referencia en la admiración del jefe mutenda. La circunstancia de que, al igual que Lumumba, su objetivo interno sea constituir un Gobierno Unitario del

Congo—como denomina su régimen de Stanleyville—en todo el territorio nacional, demuestra que han de subsistir sus discrepancias con los otros jefes que sustentan la solución federalista.

Tal como se presenta el panorama actual del Congo, el porvenir puede ver un triunfo de Gizenga. Sus tropas, armadas por Moscú y El Cairo, se encuentran en una favorable coyuntura. Sus adversarios se verán privados en lo sucesivo de la ayuda técnica de los consejeros militares y oficiales europeos, con lo cual su eficacia ha de disminuir considerablemente. En el momento en que se desencadenaba la violenta ola de protestas por la muerte de Lumumba, Gizenga se hallaba en serio peligro ante el avance de las tropas de Mobutu, y su propio general, Lundula, estaba dispuesto a negociar la rendición. En Kivu, el lumumbista Kashamura estaba también seriamente amenazado. La repercusión exterior de la muerte de Lumumba ha cambiado el panorama, y aprovechando las favorables circunstancias, pudo pasar a la ofensiva que, aunque detenida más tarde, le permite controlar totalmente la provincia oriental.

En el Congo, como en otros lugares del orbe, se ha contrastado la conducta de las potencias occidentales y de las soviéticas. Mientras Lumumba fué jefe del Gobierno, la U. R. S. S. y los países del campo socialista le apoyaron decididamente con su respaldo moral, acción internacional y el envío de armamento y técnicos para que pudiera imponerse a sus rivales. Cuando su falta de habilidad provocó su caída, aquellos países mantuvieron activa una vigorosa campaña para impedir el reconocimiento de la Delegación de Kasavubu en la O. N. U., expulsión de los asesores europeos del Congo, libertad de Lumumba, etc. Finalmente, cuando Gizenga veía tambalearse su régimen, que no oculta su simpatía por las democracias populares, una campaña a escala mundial paraliza a sus adversarios y le sitúa en condiciones de que algún día pueda conseguir el Poder absoluto en todo el país.

Mientras tanto, en el lado opuesto, desde los primeros momentos de la independencia, Katanga proclamó su autonomía, protegió a los súbditos y bienes europeos y mantuvo una clara postura anticomunista. Más tarde, el general Mobutu actuó enérgicamente, expulsando a los diplomáticos y agentes de países soviéticos y neutralistas, frenando—en el territorio de su mando—la soviétización. Ahora bien, ni Tshombe ni Mobutu han recibido ayuda sustancial de las potencias occidentales. A Katanga han acudido militares y técnicos europeos en escaso número y a título puramente particular. Los Estados Unidos se han abstenido de ayudarles por temor a las repercusiones en la opinión internacional. Así pudo decir el 16 de febrero,

en el Consejo de Seguridad, el representante norteamericano, Stevenson, que «los Estados Unidos han apoyado siempre la integridad territorial del Congo, y se han negado a prestar ayuda a cualquier intento de fragmentarlo, sea desde Katanga, desde la provincia oriental o desde cualquier otro punto». Esa abstención puede provocar el triunfo de Gizenga en un plazo más o menos largo.

El 2 de este mes el embajador norteamericano en las Naciones Unidas, Adlai E. Stevenson, durante un almuerzo ofrecido en su honor por el alcalde de Nueva York, advirtió al Kremlin para que «detenga sus ambiciones en Africa» y abandone sus intentos de mezclarse en la crisis del Congo, lo que «conduciría a la guerra». Lo cierto es que desde hace tiempo los Estados Unidos prefieren seguir el camino de las «advertencias serias»—siguiendo el ejemplo dado por Pekín—en vez de adoptar una actitud resuelta atemperada a los acontecimientos. Esto es grave, porque si Kasavubu, Ileo, Tshombe y Kalondji fracasan ante Gizenga, otros países africanos pueden interpretar, a la luz de estas inhibiciones, como una forma de suicidio político el mantenimiento de su orientación prooccidental. El Congo es un tambor de inmensas resonancias en todo el Continente, y el impacto de los últimos acontecimientos puede representar su paso a la esfera del neutralismo de izquierdas. En el Africa subsahariana, Ghana, Guinea y Mali son los máximos exponentes de esta política; Nigeria define, gradualmente, con mayor claridad, esta orientación. Y es significativo que Liberia acentúe sus discrepancias de la línea política que había seguido anteriormente. Su última actuación en el Consejo de Seguridad, solicitando la inscripción de la cuestión de Angola en el orden del día, puede significar un no lejano ingreso en el bloque neutralista.

Considerando los hechos, podríamos decir que el problema congolés arranca del momento en que Washington rechazó la petición de Lumumba de facilitarle ayuda militar y técnica. La unidad congoleña se fragmentaba y otras potencias, siempre despiertas y vigilantes, se aprestaban a devorar su presa. No sentía Washington apetito en esos momentos y prefirió ceder su bocado, pensando que la O. N. U. podría evitar otras intervenciones extranjeras. Bien pronto se ha visto que las convencionales fórmulas elaboradas para mantener la teórica unidad de un país dividido en Estados muy diversos son inoperantes. Leopoldville puede no ser devorado por Moscú, pero lo será seguramente por la tendencia que Conakry representa.

Habiendo Washington rehuído librar en el Congo la batalla de las influencias en el momento oportuno, deberá reñirla en las condiciones más

desfavorables, porque la U. R. S. S. no ha de cejar en una acción que puede ser decisiva. «Pero—es saludable que América lo entienda y comprenda— en estas luchas de influencia no ha de llevar las de ganar. La U. R. S. S., ayer país subdesarrollado aún, conoce las aspiraciones de estos pueblos; tiene a punto técnicas de propaganda cuya eficacia no precisa demostración y sabe esperar, lo cual le confiere una neta superioridad»².

La confusión política en que se debate el país se aprecia por la súbita aparición y modificación de Estados. El inmenso territorio congolés semeja una masa proteica sometida a constantes metamorfosis. Así tenemos que el 9 de enero tropas lumumbistas penetraron en Katanga, llegando hasta Manono. Renty Mwamba y Joseph Ilinga, ministro del Gobierno Lumumba, establecieron allí la capital de un Estado «Lualaba», que comprendía Kivu y el norte de Katanga. Posteriormente, el jefe del partido Balubakat—que desde la proclamación de la independencia combate a Tshombe—, Jason Sendwe proclamó, el 24 de febrero, un nuevo Estado semiautónomo—Lualaba—, reducido a las tres cuartas partes de Katanga, incluyendo las ciudades de Kolwezi, Bukama, Kamina, Kabalo y Qongolo, algunas de las cuales se hallan ocupadas por las tropas de Tshombe. Este nuevo Estado declaraba su apoyo al Gobierno de Ileo. El día de la constitución del Movimiento Nacional Congolés, el 10 de octubre de 1958, Lumumba hacía públicos los fines del partido entre los que resaltaba el de «combatir con energía toda forma de separatismo regional, incompatible con los intereses supremos del Congo». La idea de un férreo centralismo fué el eje de su política, que ahora constituye la base del programa de su sucesor, Gizenga. No obstante, la experiencia está demostrando que la solución para el Congo consiste en una unión federal de provincias con un régimen más o menos autónomo³. Bélgica se equivocó al defender, antes de la independencia, la noción de la unidad del Congo cuando debía saber que las diferencias y antagonismos impiden un estricto centralismo. Para que el Congo pudiese constituir un Estado unitario, sería preciso que existiese una auténtica democracia. Con certeras palabras decía Panikkar, embajador de la India, que «las instituciones democráticas sólo pueden funcionar cuando existe una base muy im-

² HAMMADOU DICKO: *Pas d'influence américaine en Afrique*, «Occident», II, 4, página 31, abril 1959.

³ No insistimos en las razones que impulsan a semejante afirmación, que fueron expuestas en nuestro trabajo *Repercusiones de la independencia del Congo*, «Política Internacional», núms. 50-51.

portante de gentes instruidas»⁴. Fallando allí ese supuesto, se comprende que no sea factible la democracia. En una verdadera democracia deben coexistir una mayoría real y una minoría capaz de ejercer una oposición sensata y objetiva respetando escrupulosamente el derecho de la mayoría al mando. Para que la soberanía del pueblo no sea una ficción, es preciso que el pueblo soberano esté dotado de una auténtica voluntad, para lo cual debe estar organizado y jerarquizado. Estas condiciones, evidentemente, no se dan en el Congo, disgregado en diversos Estados aislados y enfrentado con un tribalismo que le impermeabiliza a la introducción de las estructuras democráticas. Si en Africa en general la democracia es difícil de instalar, más lo es en el Congo, donde los antagonismos impiden el sosegado planteamiento y resolución de los problemas, armonizando criterios opuestos. El sistema más común en Africa es la dictadura. «El desorden y el miedo incitan a los nuevos gobernantes a usar procedimientos dictatoriales»⁵. Esto es debido a que falla uno de los supuestos fundamentales de la democracia, como es la «asociación del pueblo con el Gobierno a todos los niveles»⁶.

Vehenne⁷ recogió las opiniones de un veterano sindicalista africano ante los problemas de la independencia del Continente. Sus palabras fueron muy elocuentes: «Asistiréis al nacimiento de lo que vosotros llamáis dictadura y que nosotros denominamos "democracia africana". Para nosotros, ante todo, existe un jefe que no se discute. El jefe es el que suprime al enemigo. Africa acepta vuestra democracia como un medio de volver a un régimen puramente africano... En toda Africa no hay más que un programa: tomar el Poder.» Las palabras son contundentes. Sobre la base de nuestros conocimientos actuales acerca de la conducta política del africano se puede afirmar que el centralismo en el Congo conduciría a una dictadura que tendría que implantarse tras el aniquilamiento de los distintos pueblos que desean la autonomía, porque la razón tribal es allí la suprema razón. He aquí cómo una posible victoria de Gizenga podría sumir al Congo en un caos superior al que padece.

JULIO COLA ALBERICH.

⁴ K. M. PANIKKAR: *L'Asie et la domination occidentale*, Ed. du Seuil, 1956, pág. 92.

⁵ SIR ARTHUR BENSON: *Chief's role in changing Society*, «African World», mayo 1959.

⁶ K. M. PANIKKAR: *Problèmes des Etats nouveaux*, Ed. Calman-Levy, 1959.

⁷ HUCUES VEHENNE: *L'Afrique se cherche*, «Le Soir», junio 1959.

III

CRONOLOGIA INTERNACIONAL

